

## **8 de marzo: Balance crítico de un período que debilitó la institucionalidad y dejó avances insuficientes para las mujeres.**

### **DECLARACIÓN PÚBLICA**

ASOCIACIÓN DE FUNCIONARIAS/IOS

DEL MINISTERIO DE LA MUJER Y LA EQUIDAD DE GÉNERO (DIRECTIVA-ANFUMMEG)

Santiago, 8 de marzo de 2026

**La señal más preocupante de este cierre de gobierno no está únicamente en los resultados, sino en el trato dado a la propia institucionalidad de género. Cuando un ministerio es conducido sin la fortaleza política suficiente, sin una acumulación técnica sólida y sin el peso estratégico que debiera tener, se vuelve frágil, intercambiable y prescindible. Y cuando eso ocurre, queda expuesto no solo al debilitamiento interno, sino también a ser fácilmente capturado, reenforcado o desmantelado por el siguiente ciclo político.**

*¿Hasta cuándo la institucionalidad de las mujeres seguirá siendo el lugar donde se deposita el símbolo, pero no la prioridad estratégica, ni el presupuesto, ni la conducción necesaria para producir cambios estructurales?*

Ese es el fondo del problema. Cuando el feminismo se usa como relato, pero no se consolida como fuerza institucional, termina debilitado. Y cuando queda debilitado, puede desecharse fácilmente. Lo que hoy queda no es una institucionalidad blindada, robusta y capaz de resistir el avance conservador. Lo que queda, tristemente, es una institucionalidad más vulnerable, más expuesta y propensa a ser desmantelada.

Por eso el balance no puede ser complaciente. Lo que este ciclo deja no es solo una lista de avances parciales, sino también una advertencia: **si el feminismo no se traduce en poder, presupuesto, conducción y transformación institucional real, termina reducido a un símbolo. Y los símbolos, en política, suelen ser lo primero que se usa y también lo primero que se desecha.**

Como trabajadoras, atribuimos responsabilidad política a la ministra Antonia Orellana y a la subsecretaria Claudia Donaire por un período marcado no solo por prácticas autoritarias, opacas y excluyentes al interior del Ministerio, sino también por la incapacidad para impulsar transformaciones estructurales de fondo. Más allá de ciertos avances normativos, **predominó una gestión complaciente, en una cultura estatal profundamente patriarcal y machista, subordinada a los límites de un Estado neoliberal que administra desigualdades en vez de transformarlas.**

Este 8 de marzo nos convoca la necesidad de decir, con claridad y dolor, que para muchas trabajadoras la experiencia de estos años estuvo marcada por una profunda contradicción entre el discurso público y la realidad interna de la institución.

En esta administración saliente, no solo se reprodujeron hacia adentro prácticas de maltrato, opacidad, verticalismo y exclusión de las trabajadoras y sus representantes, sino que, además, fue incapaz de consolidar una institucionalidad fuerte, técnicamente robusta y políticamente preparada para defender los derechos de las mujeres en un escenario adverso.

Pero el problema no se limita al daño interno. También debe decirse que, más allá de algunos avances legales o programáticos, se avanzó poco en transformar estructuralmente las condiciones de subordinación de las mujeres, porque se optó por administrar lo posible dentro de un Estado neoliberal antes que por disputar en serio sus lógicas patriarcales, jerárquicas y machistas.

No hubo voluntad ni capacidad suficientes para incomodar al Estado en sus bases, y menos aún para transformar desde dentro una institucionalidad que siguió funcionando bajo lógicas de subordinación, disciplinamiento y distancia respecto de sus propias trabajadoras.

Así, por ejemplo, nunca se entendió que la Ley Karin y la corresponsabilidad, tan defendidas en el discurso público, también debían ser un derecho y una condición para las propias trabajadoras del Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género, y que el teletrabajo sí podía ser una herramienta importante para avanzar en la corresponsabilidad interna. Lo que se promovía hacia afuera se negaba hacia adentro.

Denunciamos especialmente el ocultamiento de un nuevo organigrama, enviado a la Contraloría casi como una sorpresa de última hora, con la intención de dejar amarrada una estructura institucional que ni siquiera conocemos quienes trabajamos dentro del propio Ministerio. A ello se suman perfiles elaborados a última hora, mal diseñados e improvisados, que buscan fijar una institucionalidad sin considerar a quienes conocen el quehacer del servicio, sus trabajadoras.

Denunciamos también situaciones de maltrato y despidos, en un contexto en el que existieron cuestionamientos y denuncias respecto de altas jefaturas, que fueron rápidamente sobreesídas en los sumarios, lo que dejó una sensación de impunidad, miedo, desprotección y profundo descrédito institucional. A ello se suman una percepción extendida de amiguismo interno, favoritismos y decisiones alejadas del mérito, del rigor técnico y del respeto a la experiencia acumulada de las y los equipos, así como aumentos de sueldos a dedo que incluyen a varias jefaturas, que incrementaron sus ingresos durante este último año.

Y quizás lo más grave de todo fue la debilidad técnica y política en el quehacer institucional, que terminó produciendo una gestión lenta, frágil e insuficiente, incapaz de consolidar una base robusta para la defensa futura del Ministerio. Se desaprovechó la posibilidad de impulsar cambios más profundos y consistentes, cambios que sí pudieron haberse llevado adelante con los equipos técnicos disponibles en todo el territorio; sin embargo, se optó por no escuchar, por invalidar la experticia técnica desde la arrogancia y el desconocimiento técnico.

Por otra parte, la ministra fue, demasiadas veces, una figura ausente en la institucionalidad. Su presencia operó, sobre todo, como símbolo hacia afuera, pero no mostró interés suficiente por conocer quiénes llevamos adelante este trabajo, en qué condiciones lo hacemos, cuáles eran nuestras advertencias ni qué necesitaba realmente esta institución para sostenerse y proyectarse.

Y, pese a todo, fueron las trabajadoras y los equipos quienes sostuvieron el trabajo. Aun en estas condiciones, se articuló la labor con los servicios públicos en todas las regiones, se capacitó a miles de funcionarios, se impulsaron legislaciones, se realizaron estudios, asesorías y tareas estratégicas de enorme relevancia para el Estado. Todo ello se hizo en un contexto de incomprensión, precariedad interna y escaso reconocimiento por parte de las autoridades que, muchas veces, poco entendían de la profundidad del trabajo.

A ello se suma el deterioro de nuestras propias condiciones laborales y materiales. Se tomó la decisión de trasladarnos a un espacio más pequeño y en peores condiciones. Un retroceso evidente, decidido sin participación, que ocultó el proyecto de nuevas dependencias a las y los trabajadores.

Así, mientras hacia afuera se hablaba de feminismo, hacia adentro se construía una institucionalidad más débil, más cerrada, más autoritaria y menos democrática. Un feminismo vacío, reducido a consignas, incapaz de traducirse en prácticas coherentes de participación y respeto, que no escuchó a las trabajadoras, que marginó a sus representantes, que debilitó técnicamente a la institución y que hoy la deja en una condición de enorme fragilidad.

Esa fragilidad se vuelve todavía más preocupante en el escenario actual. No solo a partir de una institucionalidad tensionada por decisiones tomadas al voleo, con leyes sin presupuesto suficiente, avances sin base sólida y una estructura debilitada justo cuando se instala un nuevo gobierno que no se identifica con una agenda de derechos de las mujeres, sino también con una lógica de “ayuda a la mujer”, subordinada a la familia, a la maternidad y a una visión conservadora del rol del Estado.

**Por eso, este 8 de marzo no es para celebrar con autocomplacencia.**

Hoy levantamos una convicción clara:

- Sin participación de las trabajadoras, sin respeto a sus representantes, sin transparencia, sin solidez técnica y sin coherencia entre el discurso y la práctica, no hay feminismo posible.

Y levantamos también una advertencia urgente:

- Un Ministerio debilitado desde dentro queda expuesto a ser intervenido, reducido o reenfocado por fuerzas que nunca han estado comprometidas con los derechos de las mujeres.
- Lo que deja este ciclo no es la fortaleza de una institucionalidad feminista consolidada. Deja, tristemente, una institución dañada, frágil y vulnerable. Y eso no es solo una mala gestión. Es una irresponsabilidad política con las trabajadoras, con las mujeres y con el futuro de la institucionalidad de género en Chile.

Paulina Cid Vega. Presidenta; Karen Soto Ramirez. Tesorera, Sandra Moya Céspedes. Secretaria.

**ASOCIACIÓN DE FUNCIONARIAS/IOS DEL MINISTERIO DE LA MUJER Y LA EQUIDAD DE GÉNERO**